

## II

Un mes llevaba en la urbe madrileña; todo mi ser se había templado con furor en cruentas luchas con el expansionismo espiritual... Era un día frío de invierno. Me dirigía al Ateneo, donde diariamente asistía a un cursillo de lenguas, el idioma de Hegel me traía intrigado. Dos cartas me entregó el cancerbero; una era de mi inolvidable amigo Capilla, y la otra era de mis tíos, ¡¡mis célebres tíos!! Leí primero la del cariñoso amigo, que seguía escribiéndome con singular periodicidad, perdonando siempre mis frecuentes olvidos; estudiaba la carrera de Ingeniero industrial, ya que sus aficiones, bien definidas, lo impulsaban a las ciencias exactas; yo, al escribirle, no hacía más que vaciar sinceridad sobre las cuartillas dedicadas a aquel amigo a quien guardaba un hondo afecto; nunca, o muy poco, le hablaba de literatura, de arte, de emociones no tan exactas como sus estudios; por eso, muchas veces no sabía qué decirle, pero ahí estaba mi temperamento literario para fantasear miles de cosas; en cambio él, desde que le dije que me habían presentado a un célebre e ilustre Ingeniero, llenaba papel y más papel con fórmulas, problemas, etc., etc., con objeto de que los presentara a mi amigo el Ingeniero. Ya tuve que decirle una vez que había marchado a Francia, encargado por una gran Compañía, de cierta misión investigadora en un arsenal...

En la carta de mis tíos, que firmaba también ella, abundaban las expresiones sentimentales, las frases y protestas de cariño, en cuyo fondo, a la vez, me hacían ver mis olvidos, mis silencios, que duraban meses; luego había una «noticia sensacional»; según decían en su carta; mi tío, que permaneció siempre alejado de las luchas políticas, era ahora uno de sus mantenedores. Inició sus actos con una *canalladita*, que fué la de romper, sin motivo alguno, con su amigo particular y protector mío: algún tiempo, don Miguel Velasco; pues nada, en las últimas elecciones verificadas ha poco le habían derrotado, obteniendo el triunfo en su lugar un joven político, que no sé de qué artimañas pudo valerse para simpatizar en el distrito, se llamaba don Julio Marchena-Lis. Mi tío, como uno de sus favorecedores, gozaba de su inquebrantable amistad y se encontraba ya con derecho a pedirle hasta la luna, así me lo decía en la carta. El nombre del nuevo diputado; me trajo a la imaginación el de una importante y poderosa casa editora de la corte; instintivamente, un rayo de alegría brillo en mis ojos...

Al primer conocido que me encontré en el Ateneo le pregunté, casi sin saludarle:

—Oiga, Guillén; ¿sabe usted si Marchena-Lis tiene algún hijo, político?

—Hombre, creo que no tiene hijos casados.

—No es eso; quiero saber si tiene algún hijo que se dedique a la política.

—¡Ah!, sí, me terminan de decir que el mayor ha salido diputado.

Corrí al salón de escribir, me apoderé de papel y pluma. De pronto paróse mi actividad, deje la pluma sobre la mesa y entretuvo a mi espíritu un pensamiento rápido, poderoso, que me hizo permanecer con los ojos fijos y el cuerpo inmóvil, como una estatua dotada de brillo; ciertos escrúpulos detenían mi anterior dinamismo. ¡Ah! Repercutió en mi mente cierta escena, considerada por mi como una de las dos únicas que, en la vida, habían logrado dominar mi carácter, ví con horror una mancha, un sueño y un latiguillo. Me sumí en una meditación profunda, estuve cerca de dos horas examinando, inconscientemente, los círculos de mi proceder; no encontraba salida ni solución... Desperté como anonadado por

algún peso mendaz que no podía quitarme de encima, ya, la impresión de los objetos a mi alrededor prodújome un paliativo que me dió ánimos..., volví a pensar..., aquello, en efecto, era una lucha, una lucha feroz, en la que se batían las raigambres espirituales más internas. Luego, después, vi el asunto de otra forma, el incentivo del arte relegado ante otras fuerzas, que no dejaban de ser humanas, coaccionó mi sentir crítico; la conciencia íntima, sin embargo, no se rendía, volvía las cosas a su punto, veía en la claudicación, no el mandato poderoso de una ley artística *sino impulsos pasionales*, casi *vulgares*, que sancionaran las ansias de publicar, que dieran forma a efectismos, sin duda claros y nobles, pero que no debían ponerse en frente de un asunto de conciencia.

Al razonar así, quedé indeciso, consultaría con Pineda y Ormaitegui enterándoles de las circunstancias que impedían el que abiertamente pudiera dirigirme a mi tío.

\* \* \*

Nadie puede suponerse, si no ha pasado por ella, la lucha constante, inmensa y aterradora que se le echa encima al mortal que trata de incluir su nombre en la numerosa prole literaria. No son las mayores las dificultades y las espinas erizadas que el arte propina al que tiene ánimos suficientes para desenterrarlo, no, son mucho más hirientes el temor, la inquietud y la persecución que con verdadera saña y maestría refinadora se le hace objeto cuando llega el momento de humanizar —con la imprenta— todos los brotes de su espíritu, de hacer adaptables aquellas «cosas» que algún día inundaron su alma, de mostrar ante el mundo, bien desde las columnas amparadoras de un periódico o desde las profundas y razonadoras páginas de un libro, los sublimes engendros —siempre verdaderos tesoros— del espíritu atormentado, revuelto, con un barniz de aberración literaria. Pues bien: yo que era lo que se dice en estos casos «un individuo muy conocido en su casa», tuve que sufrir lo indecible, de soportar estados morales a que *por ningún concepto* debe llegar el hombre, de realizar procederres innobles, todo por conseguir que en una cuarta plana brillaran, de vez en cuando, las estilizaciones literarias que yo moldeaba influenciado por el ambiente escéptico a que tiene que entregarse un alma sometida: a una lucha desigual e incesante. Así se tronchan —muchas veces ¡ay! definitivamente— nobles aspiraciones, juventudes animadas, y es una incitación a practicar servilmente hipocresías funestas, hechos que no puede aceptarse mas que a título de degeneraciones asqueantes; es el cultivo de la «pelotilla», la intuición natural a los panegíricos cobistas, la constitución de «peñas» donde la crítica es una parodia detestable y ruin, la vergüenza de la literatura; sin embargo —yo me convencí de ello—, para «subir» es necesario eso y mucho más; la lucha noble, honrada y santa sólo merece risas de desprecio, sarcasmos crueles, pues la toman como obra de un orgullo ilimitado; orgullo, sí, orgullo del yo; ¿y no es acaso más noble que esos procederres bajunos y esas acciones vergonzantes? Todas estas cosas a las que no daría importancia un hombre en pleno desarrollo intelectual porque, aunque las practicara, no influirían en sus determinaciones, son de suma gravedad en un cerebro joven; si las acata se tuercen sus impulsiones nobles, pues todavía no posee fuerzas suficientes para esa segunda lucha con el medio viciado y horriblemente deforme, y si no las acata ya sabemos lo que le ocurre: en él se localizará todo el olvido, toda la indiferencia y, asqueado, tendrá que apagar el fuego que, acaso con fortuna, comenzará a arder en su espíritu desilusionado; lo primero es fatal, pero lo último lo sería más aún, pues es cortar las alas a un posible genio y esto, además de

ser fatal, es criminoso y repugnante. Un amigo mío, brillante literato y gran ensayista, me dijo en cierta ocasión que «para el genio no existen trabas»; «no deben existir, le contesté yo, pero observé que las luchas del comienzo son más que trabas.» Quiero citar aquí el caso latente de dos conocidos escritores rusos contemporáneos Kuprin y Leónidas Andreiev; el primero, que después se destacó bruscamente, tardó muchos años en conseguir que sus obras se publicaran; el segundo, el admirado Leónidas, se dió un tiro en los primeros años de lucha. Y eso que pasa en Rusia —el país analfabeto e inculto por antonomasia, donde, por lo tanto, la literatura no puede desenvolverse— se eleva a grandes proporciones en nuestra patria.

Como se ve, yo sufría entonces los rigores crudos del invierno entremezclados con las canículas del verano, nada de primaveras ni de situaciones risueñas. Acaso viniera esto después. ¡Quién sabe!

\* \* \*

En estos momentos de melancolía obligada, era cuando las reminiscencias de mi pasado turbaban hondamente la tranquilidad engañosa que cubría de harapos y miserias la más hermosa de las aspiraciones, lo más brillante de la síntesis humana. Acogía las situaciones difíciles a la caridad piadosa de los libros; era de ver el goce inefable y el placer inverosímil que me proporcionaban unas páginas de filosofía dura o unos tomos de literatura selecta; cuántas veces el genio inmenso de Goethe transfundido y hermanado con la Naturaleza, pródigo en sentimientos poéticos y en sublimes penumbras; cuántas veces también me encerraba, como en el palacio maspreciado de la vida, en la tromba humana que da movimiento, acción y realismo, exornado a veces con brochazos románticos, que forma la obra de Balzac: una inmensa cisterna en la cual crujen, se agitan, bailotean incansables todos los rangos, todas las éticas, todas las psicologías, todos los matices, todas las pasiones... toda la humanidad en fin. No faltaban momentos en que una exaltación risueñamente hermosa me indicaba la literatura romántica, como una esponja que podría absorber mis penas, mis dolores carentes de placidez, de hermetismo solitario y ensoñador; entonces buscaba ávidamente a Lamartine o a Vigny, con los cuales siempre simpatizan las almas jóvenes o los temperamentos noble y sinceramente emotivos. Yo, es verdad, no era de estos últimos; el mío era un temperamento fogoso, poco dado a la ramplonería mística y muy amigo de la intelectualidad viril del hombre, cerebro abierto a todos los estoicismos y reacio a las humoradas sensibles, espíritu libre, irreligioso y amante de las impulsiones nobles; enemigo de la imbecilidad del mundo, no del mundo en sí; aficionado a la claridad de toda ideología; darwinista y nietzscheano...; pues bien, todo esto no impedía que buscase algunos ratos a Lamartine, y que fuese íntimo amigo de un literato todo corazón y sensiblería, todo nobleza y sinceridad, en el cual depositaba los briosos afectos sentimentales que dormían aún, apretujados y anhelantes, en los más internos de mi alma...

Escribía mucho, era incansable llenando cuartillas que abarrotaban los cajones de mi mesa de trabajo; un alma joven vibraba en ellas, se retrataba en ellas, ojeaba con faz dura y severa los juicios y las contradicciones innúmeras; es lo que forzosamente ha de caracterizar a las producciones juveniles: las antinomias sucesivas, porque todavía el mundo, la vida, la intuición propia y el razonamiento libre no han podido formar aún la

NUESTRA REVOLUCIÓN, Página web dedicada a Ramiro Ledesma Ramos  
[www.ramiroledesma.com/nrevolucion](http://www.ramiroledesma.com/nrevolucion)

dureza e inflexibilidad de una opinión, de una ideología, pero siempre brillarán en ellas las impresiones francas, impolutas y exentas de todo morbo inflencial.

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»  
>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS  
>DOCUMENTO: Sello\_020